

MAGO TERRENAL

JORGE CARVAJAL

Derechos de autor © 2014 Jorge Carvajal

Todos los derechos reservados

El tiempo, ese dragón mordiendo su propia cola, ese círculo en el que nos encontramos girando sin cesar, no tiene principio ni final. El fin de un mundo es el inicio de otro nuevo.

-Mago Anhk

Había una vez un mundo sin magia...

Las tierras de Onira no siempre fueron mágicas, el mundo que solía ocupar estas tierras pereció violentamente con la llegada de los dioses, quienes en su lugar construyeron un nuevo mundo. El Mundo Antiguo quedó perdido en el pasado excepto para aquellos que por una u otra razón del destino logran viajar en el tiempo.

FUENTE

La palabra *mag* se define como una persona que practica la magia. Ese era justamente mi problema: yo era un mago que no podía hacer magia.

Cómo llegó esto a suceder es una larga historia, pero en ese momento había asuntos más urgentes que requerían mi atención. Asuntos que con el conjuro correcto podría haber resuelto en cuestión de minutos, pero desafortunadamente me encontraba atrapado en un lugar donde la magia simplemente no funcionaba: un mundo extraño que no se rige por las mismas leyes que todos conocemos.

—Piense qué haría si esto le sucediera en su mundo...

—¡En mi mundo hay al menos diez conjuros que me ayudarían a solucionar esto!

—¿Y si se le hubiera perdido el libro de conjuros en su mundo?

—¡Entonces buscaría un ritual, un pergamino, un artefacto mágico, ALGO!

En ese momento me di cuenta de que mis largos años de preparación, estudio y práctica de la magia después de todo no eran inútiles, aun cuando no podía practicar el arte arcano. Todas estas habilidades, experiencia y conocimiento que había ganado a través de los años de algún modo habían desarrollado en mí aptitudes que no solo podían ser aplicadas a la magia, sino también a aspectos más mundanos de la vida. Claro que jamás podría haber apreciado tal cosa antes, pues las habilidades que había aprendido para la magia las usaba naturalmente solo con ese fin. Jamás se me hubiera ocurrido utilizar mis

habilidades arcanas para algo que no se relacionara con hacer conjuros o rituales. Pero me encontraba en un mundo diferente, un mundo sin magia, y mis habilidades era todo lo que tenía. Si no podía utilizarlas para realizar conjuros, al menos podía darles alguna utilidad. Confieso que, en ese momento de desesperación, cualquier idea sonaba sensata.

—Está bien, hagamos las cosas a su modo entonces.

Cerré el libro inútil que tenía delante de mí y lo puse junto a los otros veinte que había consultado sin ninguna suerte aquella tarde en la biblioteca.

—¿Por dónde empezamos?

Jen fue la primera habitante de este mundo en advertir tanto mi presencia como mi desventura. La primera en darme una excusa para levantarme de la dura grava del camino y recuperar un poco la esperanza. Con la apariencia de una plebeya envuelta en ropajes negros de montaraz salvaje, la señorita volvió su rostro entre la multitud ignorante a su alrededor y me sonrió... de todas las posibles ocurrencias que pudo lanzar el universo en ese instante. Su cabello formaba una cresta como el de un kobold, quienes heredan esa peculiaridad de sus parientes lejanos, los dragones. Noté algunas marcas en su piel algo intrigantes al acercarme hacia ella que me recordaron los tatuajes de las tribus bárbaras de los Desiertos del Caos, quienes invocan antiguos espíritus y los encierran en sus pieles otorgándoles poderes místicos, otra investigación que no podré continuar sin mi libro de conjuros, y una especie de anillo de metal común disfrazado de oro anclado en un lado de su nariz, algo poco común en los humanos. Al inicio pensé que se trataba de una bestia cambiaformas; por supuesto ahora sé que tal cosa es imposible.

—¿Sabía que el anillo que anda en la nariz no es de oro real?

No pude evitar advertirle en caso de que hubiera sido víctima de algún timo, o peor aún, una maldición.

—Para su información, este anillo vale mucho más que el oro —respondió ella con cierta arrogancia.

Sea como sea, era la única persona en que podía confiar en ese momento. Y poco a poco, me fui dando cuenta de que había sido una buena idea. No solo eso, sino que su ayuda sería indispensable si quería recuperar mi libro.

—Vamos —dijo finalmente.

—¿Adónde, no es ese el artefacto?

Antes de perder cerca de cinco horas revisando tomos sin sentido, Jen había sugerido utilizar un objeto enigmático que descansaba en el centro de la biblioteca.

—¿Es mágico? —le había preguntado cuando lo señaló.

—No —había dicho ella.

—Entonces no me sirve —le había replicado antes de abrir el primer libro, pero ahora no me quedaba otra opción.

—Esto nos va a tomar tiempo y la biblioteca la cierran en una hora.

Mientras la seguía fuera de la biblioteca y de nuevo al camino enlosado donde empezó mi desdicha, sufría por dentro. Si algo se había hecho evidente en poco tiempo sobre este lugar era que todo tomaba más tiempo de lo normal. Algo tan simple como conseguir un mapa local en una biblioteca era algo que llevaba horas aquí. Ahora nos dirigíamos a la morada de Jen, quien vivía a varias leguas y

sin magia, nos tomaría al menos una jornada completa llegar hasta su domicilio sin unicornios.

—¿Está segura, no hay un solo unicornio en toda la ciudad? —le pregunté incrédulo.

—Ni uno solo. Pero hay autobuses.

Sabía a lo que Jen se refería. Extraños carruajes sin unicornios llenaban los caminos, de tal manera que era difícil caminar por la ciudad sin correr el riesgo de ser aplastado por uno de ellos.

—Deben usar magia. ¿De qué otra forma se mueven por el camino sin unicornios?

Constantemente buscaba encontrar magia en este mundo. Me rehusaba a aceptar un lugar donde no existiera aquello que le daba sentido a mi vida.

—No sé, solo lo hacen —sonrió.

—¿Tiene dinero? —preguntó ella tras detenerse en medio del camino.

Yo metí mi mano en el bolsillo y saqué dos piezas de oro.

—¿Tenía oro y le robaron un libro? ¡Un libro! —gritaba indignada.

—Para su información, ese libro vale mucho más que el oro —le dije con una sonrisa, aunque no dejando de lamentar la pérdida.

—Pues no creo que el vagabundo que lo tomó lo supiera. En fin... —dijo ella cambiando el tema— guarde eso, no nos servirá.

Sacó varias monedas de cobre de su morral.

¡Qué mundo tan aberrante era en el que había caído, donde el cobre era más valioso que el oro!

El indigente examinaba su hallazgo en medio del bulevar cercano a la plaza, abriendo los tres sellos de cuero que lo protegían de ojos espías. Estaba sentado en el borde de la fuente de piedra. Un reloj descansaba en la cima de la columna central, su base decorada con una cara demoníaca en cada uno de sus cuatro lados. Cada rostro de piedra escupía continuamente un torrente de agua sucia que caía en el centro de la fuente y fluía de regreso por sus gargantas profanas. El vagabundo lo ignoraba, pues estaba absorto en el libro, pero uno de esos rostros petrificados tenía sus ojos puestos en él. El demonio de piedra observaba al hombre viejo y maloliente admirar el libro. Las esferas de piedra se posaban ya en la horrible cicatriz de una quemadura en la faz del vagabundo, ya en el pelo enmarañado y grasoso que cubría sus ojos.

Cuando finalmente abrió el tomo, las páginas empezaron a revolotear gracias a una fuerte ráfaga que atravesaba la plaza trayendo hojas y basura en dirección a la fuente. Cubriendo sus ojos, el vagabundo se dio vuelta hacia la cara demoníaca; al apartar sus manos dio un salto rápido hacia atrás, dejando caer el libro en la orilla de la fuente. La ráfaga se había alejado y las páginas del libro mágico habían dejado de revolotear. El rostro demoníaco con cabello de fuego miraba absorto aquella página del libro como si entendiera los garabatos allí escritos, como recitando en silencio un ritual oscuro jamás antes leído, siquiera concebible en un mundo sin magia.

Cuando el vagabundo se levantó, escuchó una voz que le hablaba.

—Té concederé cualquier deseo si pronuncias las palabras mágicas.

Los labios pétreos del rostro cornudo en la columna se movían escupiendo agua sucia por todas partes.

El vagabundo recogió el libro y huyó de ese lugar, aterrado como nunca en su vida.

* * *

Jen vivía en una gran edificación que evocaba las torres arcanas de Elen en el reino de Ristvana, aunque con una apariencia mucho más descuidada. Me llevó a una habitación pequeña y desordenada dentro de la torre, donde aprendería lo necesario para recuperar mi amado tomo de conjuros.

Ella tenía un artefacto similar al de la biblioteca que pude reconocer entre el desorden. Me coloqué delante de él, cerré los ojos y me concentré en el hombre que había robado mi libro de conjuros y en el área circundante donde sucedió el acontecimiento, tratando de imaginar cada detalle relevante exactamente como...

—¿Eletorn, puedo preguntar qué demonios está haciendo?

—Un momento, Jen, intento concentrarme.

—Primero que todo, ni siquiera está encendido. Y segundo, como ya le dije, no hay nada mágico aquí, ¡las cosas no funcionan con telequinesis!

—¿No existe la magia en su mundo y sin embargo conoce la palabra *telequinesis*?

—Existe la ciencia ficción.

Diciendo esto, presionó un botón del artilugio que lucía como un libro abierto haciendo que se encendiera como una linterna. Luego tocó varias de las runas que lo conformaban y dijo señalando: escriba lo que quiere buscar.

Me dio la espalda mientras recogía objetos de formas peculiares y los metía dentro de su bolsa de cuero.

—Abracadabra —dije en voz alta leyendo del artefacto.

—¿Abracadabra? —repitió ella.

—Es lo primero que salió cuando deletreé *magia* con las runas del artefacto.

Hubo un momento de silencio.

—Escuche, debo irme —dijo Jen finalmente—. Solo cierre la puerta cuando salga.

—¿Le importaría mostrarme mis aposentos antes de irse?

Jen arrugó la cara y se fue, ligera como el viento.

—Tomaré eso como un no.

De todas maneras, no pensaba dormir esa noche, tenía mucho que hacer y cada segundo que pasaba contaba. Tenía que recuperar mi libro a como diera lugar.

* * *

Al día siguiente, en el callejón solitario que llamaba hogar: un espacio cubierto de basura y con hedor a orina al lado de una pequeña iglesia, el indigente se despertaba de un estupor cuya duración desconocía. Medio dormido aún,

buscó entre sus cosas una botella y la puso en su boca. Entre la maraña de cabello marrón sucio sus ojos se abrieron con terror, recordando lo sucedido la noche anterior y dudando si había sido alucinaciones.

Tirándose sobre la basura nuevamente, el vagabundo buscó otro objeto, el libro esta vez, para corroborar la certeza de su escurridiza memoria. Allí estaba ese pedazo inservible de cuero lleno de páginas con símbolos incomprensibles que seguramente no valía nada, que no podía venderlo, comérselo, ni mucho menos bebérselo. Decidió seguir sorbiendo de su botella, recordando el momento en que decidió robar el libro. ¡Qué pésima decisión! Recordó la cara del demonio en la fuente hablándole; paró de beber y miró la botella, después el libro, luego la botella nuevamente.

—¡Ah, qué demonios! —exclamó en voz alta mientras intentaba levantarse.

Pensaba vender el libraco que había encontrado en la calle el día anterior. Lo llevaría a una tienda esotérica que quedaba a tres calles de allí. Si tenía suerte, podrían darle suficiente para llenar la botella con alcohol barato.

** * **

—¿Qué hace usted aquí todavía? —preguntó Jen entrando a la pequeña habitación.

Tiró su abrigo en la cama que llenaba una de las esquinas y se fijó en el artefacto.

—Forjando una alianza con los elfos de este mundo, uno de ellos que vive no muy lejos de aquí se ofreció a ayudarme a recuperar mi libro. Dice haber avistado al vagabundo que lo robó....

—No existen los elfos.

Jen sonaba muy cansada, cada palabra parecía requerir un gasto de energía que ya no tenía y pausaba entre las palabras para enfatizar su alteración por mis afirmaciones.

—Eso es solo un juego... —dijo echando una mirada al artefacto antes de exhalar y quedar rendida en la cama mientras el sol se asomaba por la ventana.

¡Bip! El artefacto demandaba mi atención. Presioné las runas sucesivamente para enviar una misiva.

Jen se levantó de inmediato y miró el artefacto.

—¡Doscientos amigos, es imposible, solo lleva ocho horas jugando esto!

—En realidad me tomó las primeras cuatro horas aprender a usar este artefacto y producir estos documentos con el otro artefacto —le dije mientras le enseñaba unos mapas de la zona que había logrado producir.

—¿Qué es todo esto? —dijo retóricamente mientras leía el cristal—. Eletorn, está perdiendo su tiempo en esto, hablar de conjuros y criaturas sobrenaturales con extraños no va a solucionar sus problemas.

¡Bip!

Ambos miramos juntos el artefacto, siendo iluminados por el cristal y el sol que entraba por la ventana.

Elfoguerrero7: Sí, yo he visto a ese vagabundo del que habla, el de la cicatriz. Generalmente anda cerca de la plaza.

Eletorn02: Voy para allá en este momento.

Elfoguerrero7: Nos vemos en 40 minutos.

Me levanté de la silla donde había pasado las últimas ocho horas y me dirigí hacia la puerta.

—¿Viene? —le pregunté a Jen, quién bostezó y asintió, vacilando antes de seguirme.

—¿Piensa ir vestido así?

Vestía sandalias de verano, mi capa élfica encantada con magia de abjuración y mi toga de hechicería: todo cosechado de árboles locales del valle de Bangard. No imaginé tener que emprender ningún viaje largo así que no iba vestido para la ocasión.

Los ropajes que utilizaban los mundanos eran muy diferentes de cualquier tipo de vestimenta que haya visto. Más extraño aún era cómo la conseguían: la ropa simplemente no crecía en los árboles. Cada prenda era confeccionada por mundanos y por supuesto, había que pagar para poder conseguirla. En este lugar, el dinero no era solamente un lujo: era una cosa indispensable.

—¿Nadie hace vestidos o sombreros en su mundo? —preguntó Jen.

—Hay toda clase de árboles de vestidos y sombreros por doquier, varían según la temporada. Por supuesto, también hay quienes prefieren tejer sus propias vestimentas; gente de la monarquía en los reinos de Sandoria, principalmente, y la mayoría de las armaduras las confeccionan los enanos de

Vulcan a la medida. La mayoría de las hadas no se molestan en cubrir sus cuerpos, así que en Silvaria abundan los árboles de ropa. Mucha incluso se marchita. En Sandoria es otra historia. Hay demasiada población y muchos no pueden tener ropa diferente todas las temporadas. Hay quienes la compran en los mercados citadinos, pero incluso en ese caso se trata de ropa cosechada. Las prendas confeccionadas a mano son siempre mágicas. ¿Por qué alguien habría de tomarse la molestia de tejer una prenda de vestir si no va a encantarla en el proceso con algún conjuro?

—En serio... doscientos amigos, ¡no entiendo cómo es posible!

El vagabundo estaba recostado en las puertas aún cerradas de una tienda de artículos mágicos: cosas completamente inútiles en un lugar sin magia que sin embargo vendían a quienes, como yo, se negaban a aceptarlo. El hombre curioseaba las páginas del tomo sin entender una palabra de lo que allí estaba escrito, pero se detuvo en una página con una imagen: el rostro de un demonio con cabello de fuego.

—¡Oiga usted!

El hombre saltó como si hubiera visto al mismo ángel de la muerte cuando un hombre joven lo llamó a lo lejos.

Para mi desilusión, Jen estaba en lo correcto. Mi colaborador no era un elfo como se veía desde el artefacto. En general, debo decir que se veía muy distinto. Me costó reconocerlo pues era mucho más grueso, humano y desarmado de lo que parecía en el artefacto. Kevin era, para todos los efectos, una persona

diferente. Como dijo Jen, los elfos no existen en este mundo. Sin embargo, gracias a él había encontrado mi grimorio.

El libro cayó en el suelo abierto en la página de la *invocación de Ifrit*, el conjuro que estaba investigando en mi retiro antes de que ocurriera la catástrofe y terminara en este mundo sin magia.

—Ese libro es del señor Eletorn, ¿le importaría devolvérselo?

—¿Y usted quién se cree que es!

El vagabundo recogió mi tomo y balbuceó otras cosas más que no alcancé a entender.

—¿Devuélvaselo! —demandó Kevin.

—¿Ah sí, y quién me va a obligar?

No sé qué me llevó a hacer lo que hice a continuación, quizá lo mucho que extrañaba la magia, quizá el hecho de que llevaba mucho tiempo sin dormir y sin comer, o que mi salida de este horrible mundo estaba tan cerca de mí que ya no toleraba no poder quedarme sin hacer nada. Corrí hacia el vagabundo y tomé lo que me pertenecía legítimamente. Lo siguiente que recuerdo es sangre y dolor intenso. El vagabundo me había perforado con algún tipo de arma filosa y en mi débil condición no tomó muchas más puñaladas para que cayera al suelo. Podía escuchar los gritos de Jen y a Kevin como si provinieran de un abismo.

Mientras me desangraba en el suelo pude ver al vagabundo ir hacia ellos y atacarlos también. Mis compañeros lograron escapar, pero yo no tuve tanta suerte: mis piernas no respondían y poco a poco estaba perdiendo la respiración. Todo se oscureció mientras vi al vagabundo regresar por el libro.

Desperté, aún sangrando, en un callejón rodeado de basura, el dolor era insoportable. Mis gritos alertaron al vagabundo, quien no estaba muy lejos.

—¡Ja, ja, ja, al fin se despertó la bella durmiente! —dijo frotándose las manos—. Ahora sí, tenemos que hablar —continuó mientras sorbía un poco de su botella.

—¡No puede ver que me estoy muriendo! —dije a pesar del severo dolor.

—No se preocupe esto no va a tomar mucho tiempo... —se aclaró la garganta. ¿Este libro es suyo?

—Así es —respondí.

—¿Cuáles son las palabras mágicas?

—No sé de qué me está hablando. La magia no existe —dije antes de que el hombre me golpeara en el estómago.

El dolor fue tal que me tomó al menos unos quince minutos reponerme. Por un momento sentí que perdería la conciencia de nuevo. Las lágrimas no dejaban de fluir de mis ojos. Nunca había experimentado un dolor tan intenso, jamás había estado tan cerca de la muerte.

El vagabundo trajo mi libro de nuevo, abierto todavía en la página de *la invocación de Ifrit*.

—¿Y bien?

—¿Si le digo las palabras mágicas, me devolverá el libro?

—Tiene mi palabra.

Tomé el libro como pude y leí el pergamino.

Si hubiéramos estado en los valles de Bangard, el Bosque de los Unicornios o las calles blancas de Algarath, allí mismo se hubiera conjurado una poderosa entidad flamígera conocida como *Ifrit* y sin el conjuro apropiado de contención, causado destrucción masiva incuantificable e indetenible. Por un momento deseé que sucediera, porque así talvez tendría unos segundos para escapar en medio del caos con mi libro antes de terminar incinerado. Pero como era de esperar, sin magia nada sucedió.

Ese acontecimiento también me reveló que estaría atrapado en este mundo para siempre. Incluso con mi libro de conjuros, sin magia no podía hacer nada. Los conjuros eran inútiles sin la energía que los hacía funcionar. Todo mi conocimiento sobre conjuros era completamente inútil, todos mis años en la academia perdidos, los valiosos consejos de mi maestro inservibles. Mi vida ya no valía nada. Era mejor que acabara mi miseria allí en el suelo frío de la ciudad mundana que vivir toda una vida sin magia.

—¡No quiero ese estúpido libro; no sirve de nada! —dije con mis últimas fuerzas antes de hundirme de nuevo en la oscuridad.

* * *

El vagabundo sostenía ansioso el tomo con ambas manos frente al rostro de piedra. Decenas de personas caminaban alrededor del bulevar, algunas lo miraban extrañadas pero la gran mayoría eran indiferentes a la escena del indigente con el libro frente a la fuente. Una mujer mayor con un enorme bolso

estaba sentada en una de las esquinas de la fuente; miraba de reojo al vagabundo e intentaba buscar sentido a lo que balbuceaba.

Las palabras mágicas que había leído Eletorn anteriormente se habían quedado grabadas en la mente del vagabundo como si su vida dependiera de que las recordara con exactitud. Al terminar de recitarlas, el indigente esperó boquiabierto con los ojos clavados en el rostro de la fuente como si el tiempo se hubiese detenido. Esperó y esperó, pero nada sucedía. Decepcionado, finalmente tiró el libro en el agua sucia de la fuente, dio media vuelta y se fue.

No obstante, algo hizo que el hombre se detuviera a los pocos pasos de ahí: sus ojos habían leído algo en un pequeño letrero en la fuente antes de volverse, algo extraño... Tal vez había leído mal, pero en su mente veía en el letrero las palabras: "Bebe del agua de la fuente". Se devolvió hacia la columna y allí estaba el letrero, con las palabras tan claras como las había leído la primera vez. El vagabundo volvió a ver con incredulidad a la mujer del bolso grande, quien le devolvió una mirada arrugada de disgusto. Metió una mano en el agua gris de la fuente y sacó un poco acercándosela al rostro. Volvió su mirada hacia el rostro demoníaco de piedra, quien lo observaba ansioso como susurrando "¡hazlo!".

Kevin y Jen se encontraban en el callejón. Él apoyaba las manos en los muslos, respirando con dificultad; ella gritaba agitando sus brazos violentamente con frustración.

—¿Qué si está muerto? ¡No podemos dejarlo ahí!

Jen salió corriendo de allí. No le importaba si Kevin no venía con ella; se sentía culpable por abandonar a Eletorn. Se devolvió todo el camino hasta la

tienda esotérica donde ahora había una ambulancia y dos patrullas policíacas estacionadas. Los paramédicos estaban subiendo al mago a una camilla.

—Ahora lo recuerdo... —repetía el mago balbuceando en un estado de semiinconsciencia— ...recuerdo lo que sucedió”.

De venta aquí directamente (en PDF y MOBI):

<https://payhip.com/b/uvEq>

Y aquí por medio de AMAZON:

<http://www.amazon.es/dp/B00N4XSJSK>

Descubre más sobre el mundo de Onira:

<https://www.facebook.com/mundodeonira>